

Francia de las cantidades exijidas en el convenio de la Soledad, distaba mucho de lo solemnemente ofrecido á los mejicanos en los manifiestos publicados á los mismos por los plenipotenciarios de Napoleon, y de los cuales hemos dado ya cuenta en las anteriores páginas.

Mucho tiempo há que este resultado era previsto por los ménos alucinados con el gobierno de Bonaparte. Tan luego como en Méjico circuló la noticia del nombramiento de Mr. Langlais para el ministerio de Hacienda, varios órganos de la prensa mejicana, y nada hostiles por cierto á la monarquía, se apresuraron á manifestar la repugnancia que experimentaban al querer dar crédito á semejante nueva. «Estrañamos,—decian,—que tal noticia haya podido ser escrita de Europa y aceptada sin reserva por el periodismo de aquí. Es imposible que seriamente se dé asenso á la idea de que nuestro soberano, que tan celosamente vigila por el buen servicio de la nacion, confiera á nadie el encargo de nombrarle un ministro, y mucho ménos tratándose de un ramo tan delicado como el de Hacienda, sin conocer al hombre, ni haber estudiado su talento y sus cualidades. Tales asuntos no se arreglan ni se pueden arreglar al otro lado del Océano.»

«Puede ser,—continuaban,—que el apreciable consejero de Estado de quien se trata, desembarque pronto en Méjico. En este caso vendrá á cooperar con su buena voluntad y con sus consejos á la obra de regeneracion en la cual nos ha ofrecido la Francia su eficaz apoyo, y es posible que al mismo tiempo quiera estudiar el verdadero estado de la cuestion franco-mejicana para ilustrar sobre ella á su gobierno.»

«Hemos visto ya una vez con tal mision al recomendable Sr. Corta, que permaneció algunos meses aquí, para defender despues nuestra causa con tan aplaudido valor é inteligencia en la Cámara de diputados de Francia, y con tal ó parecida mision vendrá ahora Mr. Langlais; pero nunca á encargarse del ministerio de Hacienda, porque esto pudiera dar lugar á ciertas sospechas que distamos mucho de abrigar contra ningun gobierno ni contra ningun monarca.»

«Tal era el aspecto que bajo el punto de

vista de las reformas y de los intereses materiales presentaba Méjico á mediados de 1865. Veamos ahora en el capítulo siguiente cuál era la suerte de las armas en los diferentes Estados del nuevo Imperio, y cuál el espíritu que animaba á los mejicanos respecto á la intervencion y al gobierno por ésta implantado en Méjico.

CAPITULO V.

Pacificacion de las provincias del Sur y Centro del Imperio.—Reformas introducidas por el gobierno de Maximiliano, y victorias alcanzadas por las tropas imperiales.—Derrota del ejército del general Doblado, en la sangrienta batalla de Matzahuala el 17 de Mayo.—Batalla de Tula.—Victorias del ejército franco-mejicano en el cerro Mojama y en las inmediaciones de Guadalajara.—Bloqueo de la plaza de Mazatlan por la flotilla francesa.—Rendicion de esta plaza y de la de Jiquilpan á las armas imperiales.—Funcion consecuencias que de aquí se siguieron para los juaristas.—Sitio de Oajaca por los franceses.—Sus resultados.—Ocupacion de Atlatla por los juaristas.—Victorias de los franco-mejicanos en los departamentos de Tecaltlan y de Jalisco.—Actos de crueldad de los soldados franceses en Zitácuaro, Mixcalco y otras poblaciones.—Represalias de los juaristas en Michoacan.—Toma de Monterrey y el Saltillo por el general Negrete.—Importancia que estas plazas ofrecian para los planes de Juarez.—Nuevos asaltos que dejan más tarde en poder de los franceses á Monterrey y el Saltillo.

Las tropas austriacas enviadas á Méjico en un estado de perfecta organizacion y de rigurosa disciplina militar, habian reemplazado á las francesas, agobiadas ya de privaciones y de cansancio. Las célebres guerrillas de Ugalde, habian sido casi dispersas en Michoacan y no era de temer que por esta parte volviese en mucho tiempo á turbarse el orden y la tranquilidad. El general García, representante del Emperador, acababa de instalarse en Guadalajara, provincia de Jalisco, en cuyo punto los austriacos y los mejicanos relevaron al primer batallon de zuavos que fué necesario enviar á Zacatecas y Leon para aumentar las fuerzas del mariscal Bazaine, harto comprometidas por las guerrillas de Juarez; y en Sinaloa en fin se habian organizado convenientemente los guardias urbanos para perseguir á algunas partidas que inquietaban sin cesar aquel Es-

tado, entretanto que la legion austriaca, reforzada con unos 2.000 hombres que el 5 de Mayo desembarcaron en Veracruz, continuaba operando en la Sierra Madre contra los juaristas.

Varias derrotas que por este tiempo experimentaron las fuerzas juaristas en direccion á Sinaloa, y sobre todo la sumision de las poblaciones de Huagicori, contribuyeron poderosamente á volver en algun tanto la tranquilidad á los ánimos y hacer renacer, siquiera fuese por cortos momentos, el orden entre las poblaciones de toda esta comarca. El camino de Tepic á Mazatlan, que durante largo tiempo habia estado completamente interrumpido á causa de los continuos choques que en él tenian lugar entre los juaristas y los imperiales, quedó abierto de nuevo á la circulacion, pudiendo libremente y sin temor alguno pasar de la una á la otra ciudad, como decia el general Losada en su despacho dirigido á la prefectura política de Tepic.

La misma Huasteca, que tan tenaz y formidable resistencia habia hecho desde el principio de la intervencion al nuevo orden de cosas, parecia mostrarse ligada en cierto modo á la causa del Imperio, y como deseosa de poner un pronto y eficaz remedio á la guerra civil que conmovia en sus cimientos á aquella vasta y riquísima region. El coronel Valdés, cuyas fuerzas ocupaban á Tamuin, y el comandante Alvarado, jefe de los disidentes de Huejutla, habian recibido noticia oficial del tratado celebrado en Abril último entre el ministerio de la Guerra y el coronel Ugalde para que cesáran las hostilidades. Pocos dias antes Ricavar y Echavarría se habian retirado tranquilamente á Ozuama, despues de haber licenciado sus fuerzas, parte de las cuales, al mando del teniente Hernandez, se habian sometido á la autoridad militar de Tantina y hasta se habian incorporado en gran número al ejército imperial. El territorio de Tantina quedó con este hecho en un estado de completa paz que por algun tiempo pudo conservar, gracias á las medidas prudentes y acertadas del general Casanova, comandante militar de la Huasteca, quien al dar cuenta de la sumision de la partida de Hernandez, anunciaba á su gobierno los escelentes resulta-

dos que la política de paz y conciliacion que venia hacia algun tiempo ejerciendo en su region, habia producido en el distrito de Tantina. «Hoy,—decia Casanova,—los habitantes viven tranquilamente en sus hogares con plena seguridad de personas y de bienes, bajo la vigilancia aun necesaria, pero suave y benigna para que el restablecimiento del orden sea durable.»

En el Estado de Tabasco, por el contrario, la situacion á principios de Junio era bien triste y desesperada, bajo la influencia de unos veinte oficiales juaristas que habian logrado escapar de la ciudad de Oajaca. El abatimiento y privacion completa de todo género de recursos en que se encontraban los citados oficiales, les llevó á confiscar los bienes de los emigrados, apelando despues, en vista de la actitud que iba tomando el país, á medidas vejatorias para los propietarios que se mostraban hostiles á la causa de la libertad. Los juaristas tenian á la vez en San Juan Bautista de 600 á 700 hombres y algunas piezas de artillería, con cuyas fuerzas no solamente echaban por tierra los planes de los propietarios que se mostraban adictos á los imperiales, sino que les obligaban á proporcionar recursos para la lucha contra los invasores. Al mismo tiempo el valiente Pratz, que se encontraba en Jonuta con unos 300 hombres, exijia á los pocos partidarios que allí tenia el Imperio, crecidas sumas para atender al sostenimiento de sus soldados, y procuraba á la vez inutilizar por todos los medios, los esfuerzos de los enemigos de la independecia de Méjico.

El desembarco de Arévalo que por estos dias tuvo lugar, y cuya noticia se recibió en Carmen el 2 de Junio, favoreció considerablemente la causa de los juaristas en el Estado de que nos ocupamos. Arévalo, en efecto, era uno de los jefes que más respeto infundian en todo aquel territorio, no tanto por su valor cuanto por el arrojo de los pocos que le acompañaban. La sorpresa de la noticia de su llegada fué general en el país, pues nadie creia que este famoso caudillo pudiese atravesar, como lo hizo el dia 4, impunemente toda la bahía, desembarcando en la orilla opuesta. A los pocos dias de recorrer Arévalo el país tenia ya un número

respetable de guerrilleros, entre los cuales se contaba la partida del célebre Ruso, único nombre con que allí se le conocía y que tantos estragos venía haciendo mucho tiempo há en todos los puntos en que se había presentado.

Todas estas fuerzas, que ascenderian próximamente á unos 2.000 hombres, bastaron para extinguir por completo el espíritu belicoso que animaba á los partidarios de Maximiliano en el Estado de Tabasco, y para que perdiesen en el mismo todo su poder y su influencia las ideas imperialistas que iban tomando serias é imponentes proporciones.

Desgraciadamente fué necesario para llegar á este resultado que Méjico presenciara las horribles escenas de que no puede librarse ningun país que se encuentra en tales circunstancias. Los excesos y desmanes de los defensorés de una y de otra causa, llegaron á hacerse insufribles en Tabasco. Los juaristas, por su parte, imponian crecidas contribuciones de uno y dos por ciento á los propietarios y á los comerciantes. Los bienes de algunos particulares, especialmente de los emigrados, desaparecian por completo, á causa del despojo efectuado bajo el nombre de *exaccion de impuestos*; varios sacerdotes que bajo el manto de su institucion llevaban la tea incendiaria á muchos pueblos del Estado, fueron apresados y maltratados por los liberales, sufriendo estos igual suerte si llegaban á caer en manos de sus enemigos; y en tan lamentable situacion, y sin que en ninguna poblacion se viese otra cosa que la inquietud, el miedo, la lucha y la venganza, los habitantes de Tabasco deseaban con avidez el pronto fin de un estado de cosas tan triste y desesperado.

Con tal objeto el general Marin conferenció largamente con el gobierno de Maximiliano, haciéndole ver lo difícil é insostenible de la situacion de Tabasco, y la necesidad imperiosa de que el gobierno dictase medidas enérgicas é inmediatas, que pusieran término á las aflicciones de aquel Estado. Juárez ó la muerte,—dícese que contestó uno de los ministros;—ese es el único remedio que hoy se me alcanza. Y en efecto, no otra cosa podia llevar la paz y el sosiego que tanto necesitaban aquellos habitantes.

II.

Una completa y desastrosa derrota experimentó en Mathuala el 17 de Mayo el ejército del general Doblado, por las fuerzas combinadas del coronel Aymard y del general Mejía, cayendo en poder de estos últimos unos 800 prisioneros, 18 piezas de artillería y casi todo el armamento, trenes y bagajes del enemigo. El resto de la fuerza, que consistia en unos 6.000 hombres de todas armas, fué completamente batido y disperso, ocupando la division Mejía y las fuerzas francesas del coronel Aymard, el Cedral y Mathuala.

Las fuerzas juaristas que, al mando de Carvajal, Quesada y otros jefes, habian avanzado desde el Saltillo á fines de Abril por el valle de Purísima, reforzadas con todo el grueso de las tropas disidentes reunidas en Monterey y el Saltillo á las órdenes de Doblado, habian invadido El Cedral, retirándose de aquel punto á Mathuala el general Mejía, y quedándose los franceses por la parte del Venado.

Puesto el general Doblado á la cabeza de unos 3.000 hombres con 16 piezas de artillería, salió del Cedral hácia Salinas, reuniéndose en aquella correría otros 3.000 hombres, con cuyas fuerzas vino sobre Mathuala, atacando vigorosamente á la division Mejía en la mañana del 17.

Este valiente y esforzado jefe, que habia seguido los movimientos y conocia como el más eminente práctico de los jefes imperialistas, las intenciones del enemigo, las comunicó de antemano al coronel Aymard, quien se movió de Laguna Seca á marchas dobles, presentándose en Mathuala minutos despues de empeñada la accion con un vivísimo y atronador cañoneo. Las tropas francesas cargaron sobre el flanco izquierdo de Doblado; las fuerzas mejicanas, siguiendo el ejemplo de aquellas, avanzaron al mismo tiempo sobre el enemigo, persiguiéndole los cazadores de Africa y los dragones de Mejía hasta una distancia de más de dos leguas. La combinacion y ejecucion de la defensa de Mathuala honraron en alto grado al general Mejía y al coronel baron Aymard; y el valor y arro-

jo con que se batieron, tanto las tropas imperiales como las de Juárez, excedió de los límites de la bravura y del entusiasmo.

El resultado de esta sangrienta batalla, fué, como ya hemos indicado, desfavorable á las tropas juaristas. Segun datos oficiales que tenemos á la vista, perdieron estas 32 muertos y 35 heridos; se les hicieron cerca de 1.000 prisioneros, entre ellos 2 jefes y 37 oficiales; se les tomaron una bandera, 6 cañones de bronce del calibre de á 8; 11 obuses de bronce del calibre de á 12 y 24; 17 cureñas de batalla y montaña con avantren, juegos de armas y útiles; 2 carros de municiones para cañon de á 8; un carro de bateria; 22 carros de transporte; 180 botes de metralla para cañon de á 8; 50 idem para obus de á 24; 272 granadas ensaleras para obus de á 24; 659 fusiles de percusion; 16 bayonetas; 11 lanzas; 191.000 cartuchos para fusil y carabina de Sharp; 360 libras de pólvora de cañon; 1.626 cartuchos de cañon de sitio y de batalla; 17 atalajes; 534 cajones para parques y 250 mulas. Las pérdidas de la division Mejía consistieron en 32 muertos y unos 100 heridos.

Cada una de estas victorias era un poderoso motivo para que los agentes de Maximiliano y de Almonte aumentasen considerablemente el número de los afectos á la causa del Imperio, publicándose á poco de la accion de Mathuala, las actas de adhesion de la ciudad de Aguas-calientes, de Valle de Santiago, Salvatierra y Tarimoro en el departamento de Guanajuato; de Ischuacan, en el distrito de Jalapa; de Nequepeje y Cardonal, en el de Exmiquilpan; de Villanueva, Ojo Caliente y Juanacatie, en el departamento de Zacatecas; de Tantima y Ozuluama, en Tamaulipas, y de Oteapam, Santa Ana de Soconuzco, Chiuameca, Aca-yucan, Ixhuatlan, San Juan de Oluta, Hidalgoitlan, Moloacam, Cosoleacaque, San Miguel Tecsis-tepec y San Andrés Sacultepec, en el distrito de Minatitlan, del territorio de Tehuantepec.

Pocos dias despues del desastre de Mathuala experimentaron otro no ménos lamentable las tropas de Juárez en la ciudad de Tula. Defendian esta poblacion las fuerzas del general Lorenzo Vega, en número esca-

so y mal pertrechadas. Aprovechándose de esta circunstancia las tropas francesas, y elijiendo un momento oportuno, sorprendieron la escasa guarnicion de Tula, obligando á abandonar el campo á los pocos juaristas que libraron de la matanza horrible que les hicieron los imperiales, y quedando la ciudad en poder de estos el día 22 de Mayo.

El bloqueo riguroso de las costas del Pacifico privaba á la vez á los juaristas de los recursos que recibian de los Estados americanos por esta via; con lo cual, y la ocupacion de Acapulco por las tropas francesas y algunos otros triunfos de ménos importancia, se inquietaba en cierto modo el ánimo entero de Benito Juárez, que meditaba por entonces en Nueva Leon otros planes ingeniosos y atrevidos para luchar contra los invasores y los enemigos de la libertad de Méjico.

Los generales Gonzalez Ortega y Doblado, con un número respetable de defensorés de la República, tomaron ventajosas posiciones en el Saltillo, desde las cuales se proponian hostilizar á las numerosas fuerzas imperiales que por todas partes les perseguian. Un movimiento combinado de varios batallones franceses, obligó á los juaristas á desalojar el sitio, despues de haber luchado cuerpo á cuerpo con el enemigo y ocasionándole numerosas pérdidas, que fueron luego repuestas con algunas compañías de zuavos y soldados de caballeria.

III.

Reunidas más tarde en Durango las fuerzas de Ortega, Negrete, Patoni y Carvajal, en número de 4.000 hombres y 20 piezas de artillería, se propusieron presentar formal batalla al ejército franco-mejicano, dirigiéndose al efecto el 17 de Setiembre hácia el lugar llamado la Noria, Cueneame y Yervanis.

Detenidos por las crecidas del río de Nazas, que les impedia llegar al punto que habian designado como el más á proposito para la defensa, se concentraron sobre el cerro Majoma, cerca de Estanzuela.

El coronel Martin, que á la sazón se en-

contraba en San Juan del Rio, se decidió á ir á atacarlos, llegando dos dias despues á avistarse con los soldados de Juarez.

Despues de un combate de los más sangrientos que se habian librado entre las unas y las otras fuerzas, los mejicanos acosados por el número y el arrojio de los enemigos, tuvieron que abandonar sus posiciones, dejando en poder de los franceses 20 piezas de artilleria y unos 100 prisioneros, y experimentando hasta 400 bajas entre muertos y heridos.

Los franceses sufrieron asimismo numerosas pérdidas, entre las cuales se contaba la del coronel Martin, que al principio del combate fué destrozado por una bala de cañon, y la de un gran número de oficiales del segundo regimiento de zuavos.

Otros hechos de armas, poco favorables á los mejicanos, tuvieron lugar sucesivamente en varios otros puntos del Imperio. La memorable campaña de la Sierra, la derrota de 600 juaristas en Ylacolula (Veracruz), la adhesion al Imperio, en Culiacan, de don Francisco Vega al frente de 700 hombres y de multitud de oficiales de las tropas dispersadas en Flanchinol (Huasteca), y algunos otros acontecimientos de ménos importancia, acaecidos todos en el mes de Octubre, favorecieron en gran manera la causa de Maximiliano, hasta el punto de creer el iluso Emperador que estaba cercana la sumision completa de todos los Estados.

Las tropas de Arteaga, que por su número y por su valor eran de las que mayores temores inspiraban á los imperiales, llamaron preferentemente la atencion del gobierno, el cual dispuso que el general Donay, en combinacion con la division de Marquez, saliese en continua persecucion de aquellas fuerzas, que á la sazón se encontraban en las cercanias de Guadalajara.

Avistadas las tropas enemigas, y dada por una y otra parte la señal del combate, los juaristas se arrojaron con ímpetu furioso sobre los franceses, los cuales viéronse á punto, á pesar de todo su valor, de ser destrozados completamente por los soldados de Arteaga; pero Marquez se presentó entonces con todas sus fuerzas en el lugar de la pelea, y cayendo de improviso sobre los

mejicanos, viéronse estos obligados á abandonar el campo, dejando en poder del enemigo gran número de prisioneros y la mayor parte de su artilleria y pertrechos. Las pocas fuerzas que le quedaron á Arteaga, se refugiaron en Jiquilpan.

Ménos temible ya para los imperiales las numerosas fuerzas del general Arteaga, el gobierno dirigió sus miras hácia Mazatlan, en donde los juaristas se enseñoreaban completamente del territorio y amenazaban apoderarse de algunos puntos importantísimos que no lejos de este lugar ocupaban los franceses. El puerto de Mazatlan ofrecia tan grandes recursos á los juaristas por sus pingües productos de las rentas aduaneras, que Juarez creyó de la mayor importancia la conservacion de esta ciudad. Al efecto se concentraron dentro de sus muros numerosas fuerzas y se procuró abastecerla de toda clase de viveres de boca y guerra para oponer una formal resistencia á los imperiales, si se atreviesen á aproximarse á sus puertas.

Estos temores de los adictos á Juarez se vieron muy en breve realizados. El 13 de Diciembre se presentó en las aguas de aquel puerto una flotilla francesa, la cual empezó, sin otro aviso, á dirigir frecuentes y bien dirigidos disparos al pueblo de Mazatlan. Los juaristas, que creyeron ser únicamente acometidos por tierra, se encontraron sin fuerza que oponer á los buques enemigos, y la situacion se les hacia muy difícil é insostenible.

Decididos, sin embargo, á resistir el vivo cañoneo de la flotilla francesa, permanecieron impertérritos en sus posiciones, esperando á que el enemigo se presentase por tierra para batirle denodadamente. Pero el fuego de los buques era cada vez más nutrido y los perjuicios que á la poblacion se ocasionaban eran muy considerables.

Convencidos los juaristas de su impotencia contra el bombardeo y del espíritu destructor é insaciable de la tripulacion francesa, y conmovidos por las súplicas y los ruegos de sus compatriotas de Mazatlan, decidieron al fin abandonar la plaza, único medio de salvar los pocos edificios y los intereses de aquellos habitantes.

El general imperialista Losada, que era

el encargado de acometer con sus tropas á Mazatlan, temiendo tal vez una derrota que hubiera sido inevitable y desastrosa en el país en que se encontraba, ó no pudiendo, como decian los imperiales, ponerse en comunicacion con la flotilla á causa del mal tiempo, no llegó á acercarse á los muros de la ciudad, y no tuvieron por lo mismo, ocasion los defensores de Juarez de medir sus armas con el general traidor: pero tan luego como los juaristas abandonaron la plaza y se hubo por tanto apoderado de las defensas que el enemigo tenia, salió en persecucion de los últimos soldados de la retaguardia, causándoles algunas bajas, que en vez de gloria le sirvieron de ignominia y de vergüenza. De este modo el importante puerto de Mazatlan, único que los juaristas contaban en el Pacifico y por el que recibian toda clase de recursos para llevar á cabo su generoso y patriótico pensamiento, vino á manos de los imperiales, valiéndoles los plácemes y felicitaciones del gobierno del Emperador.

El general Arteaga, que como há poco decíamos, se refugió en Jiquilpan, despues del sangriento encuentro con las fuerzas de Marquez y de Donay, se vió á la vez obligado por las tropas del coronel Chichant á abandonar aquel punto, causando antes numerosas bajas al enemigo. La importancia que tenia para los imperiales la posesion de Jiquilpan y de las poblaciones inmediatas era tal, que podia decidir, como decidió en efecto, de la pacificacion de los ricos Estados de Jalisco y Michoacan y del territorio de Colima; de aquí los grandes sacrificios y el obstinado empeño de los imperiales en batir y desalojar de sus posiciones las fuerzas de Arteaga, que á más de ser numerosas y aguerridas, contaban con el afecto y las simpatias de todos los habitantes de aquellas comarcas.

El gobierno de Juárez continuaba entre tanto en Chihuahua, tomando las disposiciones necesarias para atraerse recursos con que atender á la gloriosa obra que á costa de tan inmensos sacrificios se proponia terminar. El patriotismo y celo infatigable con

que Benito Juarez luchaba en bien de la libertad é independencia de Méjico, hizo que sus compatriotas le confriesen por un año más, hasta el 30 de noviembre de 1865, el supremo mando de la República, gracia que Juarez aceptó con gusto, porque deseaba combatir hasta la muerte contra la reacción y contra los invasores de su amada patria. El venerable presidente, aunque lastimado en el fondo de su alma, viendo correr á torrentes la sangre de sus conciudadanos, mientras que las fuerzas extranjeras se apoderaban de las poblaciones más importantes de la República, no por esto desmayaba en su honrosa y santa empresa; y con esa fortaleza de carácter, y ese amor sagrado é inestinguible á la patria que ha hecho de Juarez la admiracion del antiguo y nuevo mundo, el honorable presidente de Méjico repitió su juramento de defender las garantías y libertades que la nacion le encomendaba, prometiendo á los que en él confiaban los destinos del país, que su sangre iria á mezclarse en el polvo con la de tantos otros mártires de la libertad, antes que permitir que un príncipe extranjero, sostenido por traidores y defendido por un ejército invasor, arrancára á la nacion mejicana sus más sagrados é imprescriptibles derechos.

Estas elocuentes y patrióticas manifestaciones de Juarez reanimaban poderosamente el espíritu de los mejicanos amantes de su independencia y de su libertad, y para quienes su antiguo é incansable presidente era la más sólida garantía de un triunfo que pudiera estar lejano, pero que no por esto sería menos seguro y completo. Los Estados del Sur, y principalmente la ciudad de Oajaca, se preparaban con tal denuedo á la lucha, que el gobierno imperial creyó necesario enviar hácia aquella parte al mariscal Bazaine, saliendo en efecto de la capital con numerosas fuerzas el 3 de Enero para ponerse al frente de las operaciones contra la citada plaza.

El dia 9 de Febrero de 1865, el general Bazaine dirijia desde Oajaca al gobierno de Maximiliano el despacho siguiente:

Oajaca ha capitulado en la noche anterior. Porfirio Díaz y toda la guarnición se han rendido á discreción. Todo el material de guerra ha quedado en nuestro poder.

Tengo el honor de enviar mi felicitación á V. M.—BAZAINE.

La capitulación de la ciudad de Oajaca fué indudablemente uno de los hechos de armas más importantes para la causa del Imperio, dada la posición ventajosa de esta ciudad y la resistencia que en todas las ocasiones habia mostrado contra las pretensiones de los imperiales. Por esto el general Bazaine, como todos los demás jefes defensores de la monarquía, se propusieron apoderarse á todo trance de la población citada, pues que de su ocupación habian de resultar incalculables bienes á la causa monárquica en los Estados de Méjico.

El número de las fuerzas que al mando del general Bazaine operaron sobre esta ciudad se componia de seis batallones de infantería, cuatro compañías de ingenieros, diez y ocho piezas de artillería de sitio, cuatro escuadrones de caballería, y cuatro escuadrones de mejicanos, formando un total de 5,800 hombres y 3,000 caballos. A estas fuerzas se unieron en lo más recio del combate las tropas de los coroneles Dontrelaine y Jeanningros, que ya en tantas ocasiones habian demostrado un valor y arrojo verdaderamente temerarios.

El 31 de Enero el general Bazaine trasladó su cuartel general á la hacienda de Montoyac, centro de las operaciones. Para los trabajos de investigación, como para abrir paso á la artillería hasta colocarse delante de Oajaca, los indios prestaron al ejército francés servicios de la mayor importancia, gracias á los cuales las fuerzas francesas pudieron establecer una línea de circunvalación de 34 kilómetros en el corto espacio de nueve días.

El general Bazaine habia dirigido sus principales esfuerzos sobre el cerro de la Soledad y el cerro Dominante, al Oeste de la ciudad de Oajaca. Cuatro baterías compuestas de piezas de á doce, varios morteros y otros pertrechos de guerra, se situaron el 8 de Febrero delante de la ciudad, al mismo tiempo que amenazaban la plaza por la parte del Sur otras tres baterías, compuestas igualmente de pie-

zas de gran calibre. El sitio, sin embargo, no pudo principiarse sin tener antes serios encuentros con los mejicanos, siendo entre todos el más sangriento el que tuvo lugar en la hacienda de Aguilera, y en el cual el segundo batallón de infantería de Africa dió indudables pruebas de su valor y entusiasmo en la pelea. Los mejicanos, á su vez, manifestaron en esta célebre jornada el valor que inspiran siempre los sentimientos de patria y de independencia.

El día 4 de Febrero rompieron el fuego sobre la plaza tres baterías francesas, las cuales quedaron casi destruidas completamente por los disparos de los sitiados. Durante la noche del 7 al 8 del citado mes, el ejército sitiador pudo colocarse casi á las mismas puertas de la ciudad. La situación de los mejicanos era á la sazón en estremo crítica y difícil. Despues de nueve días de continuo asedio por numerosas y aguerridas tropas, á cuyo frente se encontraban jefes bravos y entendidos, los mejicanos repetimos, se encontraban faltos de víveres y de fuerzas, y se les hacia de todo punto imposible continuar la resistencia. Los habitantes de Oajaca, que veían la actitud resuelta é imponente del ejército francés, temieron por las vidas de sus hijos y suplicaron al jefe de las fuerzas sitiadas, Porfirio Díaz, que se rindiese toda vez que su derrota era inevitable. El general mejicano, decidido á arrostrar la muerte antes que entregar la plaza á los enemigos, desatendió los ruegos de los ciudadanos de Oajaca, y se preparaba á resistir con sus escasas y cansadas fuerzas á las tropas de Bazaine. Estas, entre tanto, se aproximaban más y más á la ciudad y la amenazaban con un total y completo exterminio si no se rendia inmediatamente: las amenazas que de tal género habia hecho hasta entonces el general francés, iban á cumplirse al pié de la letra, y la suerte de la ciudad sitiada estaba ya decidida.

Nuevas súplicas de los habitantes de Oajaca, llantos conmovedores de las mujeres y de los ancianos que llevaban en sus brazos á sus tiernos y queridos hijos, vinieron á implorar de Porfirio Díaz la vida de aquellos inocentes niños que habrian de ser, si la lucha continuaba, víctimas todos de la crueldad de los soldados franceses. El ge-

neral mejicano no pudo resistir á los ruegos de las pobres madres, ni á las cándidas miradas de sus pequeños hijos, y se decidió al fin á devorar en silencio el dolor profundo que le causara esta nueva humillación, por salvar la vida y las haciendas de sus conciudadanos.

El general Bazaine daba cuenta pocas horas despues al gobierno del Emperador de la rendición de Oajaca en los términos siguientes:

«A las cinco de la tarde del día 8 rompieron el fuego todas nuestras baterías contra las obras del cerro Dominante que yo debia á todo trance ocupar. A las cuatro de la mañana del día siguiente yo debia intentar una sorpresa sobre los cerros de la Soledad y de la Libertad con tres compañías del 3.º de zuavos: á las cinco y media debieron igualmente romper el fuego todas nuestras baterías, y á eso de las seis lanzar nuestras columnas de asalto sobre el fuerte Dominante. Todas las órdenes estaban ya dadas: todo se hallaba dispuesto para este arriesgado y difícil asalto. Las tropas se encontraban en sus respectivos puestos, esperando con impaciencia la hora de avanzar, cuando Porfirio Díaz, seguido de dos de sus ayudantes de campo, se presentó á la una y media de la mañana en mi cuartel general, entregándome la plaza de Oajaca y rindiéndose á discreción él y toda la guarnición. Inmediatamente di orden para que cesara el fuego en toda la línea, y hoy mismo he tomado posesión de la ciudad y de todas sus fortificaciones.»

Entre tanto que el general Bazaine se apoderaba de la ciudad de Oajaca, tuvieron lugar otros hechos de armas entre los juaristas y los imperiales, no de escasa consideración.

El 8 de Enero se presentó ante la ciudad de Linares el célebre guerrillero Mendez al frente de una escasa fuerza juarista, intimando la rendición de esta plaza. El prefecto y las pocas fuerzas que custodiaban á Linares se negaron con la fuerza á la exigencia de Mendez, y despues de un reñido combate en que todos mostraron su valor y entusiasmo, Mendez, temeroso quizá de

que llegase en ayuda de sus enemigos mayores fuerzas de Monterey, como en efecto llegaron más tarde, entregó inhumanamente á las llamas aquella hermosa ciudad, ocasionando con esta bárbara medida, perjuicios sin cuento en los intereses y aun en las vidas de sus habitantes. Como si fuera un castigo por un acto tan atroz y reprehensible, Mendez se sintió, al ejecutarse su bárbaro mandato, gravemente herido de un balazo en una pierna, teniendo que conducirse sus camaradas fuera de la ciudad en una camilla y en estado bien poco satisfactorio.

Suerte mucho más adversa y desgraciada cupo por aquellos días al general D. Francisco Vega. Habia éste defendido en un principio con verdadero amor patrio la causa que representaba Juárez, y halagado sin duda por las promesas de Almonte se habia pasado al servicio de los imperiales. Al ser ocupado Mazatlan por las tropas franco-mejicanas, y al emigrar, en su consecuencia de este punto los juaristas de Corona y Rosales, el general Vega se replegó hacia la frontera septentrional del departamento. Las fuerzas de Patoni, situadas en Alamos, y las de García, Morales y Rosales, que avanzaron hacia el Norte de Sinaloa, cayeron simultáneamente sobre el traidor Vega, que ocupaba la villa del Fuerte, y despues de derrotarle, causándole numerosas pérdidas, fué preso y fusilado en el acto por los juaristas.

Otra victoria de gran consideración para los juaristas, alcanzaron en Atlata las mismas fuerzas que habian derrotado á Vega en la villa del Fuerte. El refuerzo franco-mejicano, que desde Mazatlan habia salido para favorecer á este desgraciado general, compuesto de 60 tiradores argelinos y 200 mejicanos, á las órdenes del comandante del vapor de guerra francés *Lucifer*, fué sorprendido y derrotado al internarse por tierra, por la seccion juarista de Rosales, pereciendo la mayor parte de los argelinos y cayendo prisioneros los restantes.

Victoriosas las guerrillas mejicanas en todo el territorio de Mazatlan, se decidieron á atacar la plaza de este nombre, que ocupaban con gran número de fuerzas los franco-mejicanos. Al efecto, deberian reunirse las tropas de Corona que se encontraban en

las inmediaciones de Mazatlan, cuyo número ascendía á unos 1.500 hombres; las de Osuna que en número de 300 estaban en el distrito de San Ignacio; otros 600 hombres al mando de Rosales en Culiacan, y unos 2.000 que á las órdenes de Patoni y García Morales se hallaban situados un poco más al Norte y á corta distancia de las fuerzas de Rosales.

La impaciencia de este último general, ó tal vez una equivocación en sus cálculos respecto al movimiento de sus demás compañeros sobre Mazatlan, hizo que las fuerzas que guarnecían esta plaza rechazaran con gravísimo daño á los juaristas, quienes se vieron obligados á abandonar el sitio, y á resignarse á una lamentable derrota, cuyas consecuencias fueron harto desastrosas para las ya envalentonadas tropas de Juárez por las victorias que en los días anteriores habían alcanzado contra el enemigo.

No por esto el espíritu guerrero de los juaristas decaía, ni mucho ménos se amilanaba. Los cabecillas Figueroa, Díaz, Cacho y varios otros, se dirigieron despues con toda la caballería y demás fuerzas que tenían los de Oajaca contra Huajuapán, decididos á todo trance á apoderarse de esta fortaleza. Varios asaltos, en que el entusiasmo rayó en locura, dieron contra la plaza los valientes guerrilleros; pero las fuerzas que la defendían los rechazaron con sus continuos y certeros disparos, causándoles multitud de bajas, y convenciéndoles de que les era imposible llevar adelante el pensamiento de apoderarse de Huajuapán. Los juaristas, en vista de lo inútil de su empeño, se decidieron, en efecto, por desistirse de su empresa, y apelando antes á ese medio repugnante y horrible de incendiar las haciendas y las casas, se retiraron á San Juan Juauquístla, en donde cometieron igualmente los mismos actos de destrucción y de barbarie.

En los departamentos de Tecalitlán y parte del de Jalisco, habían sufrido igualmente una completa derrota las partidas de Echeagaray y García, con lo cual los dos departamentos mencionados quedaron casi en estado de completa paz y en poder de los franco-mejicanos.

Igual ó parecida suerte cupo á Huauchinango y á Zitácuaro, á consecuencia de ha-

berse fraccionado en el primer punto los jefes juaristas Espejel que marchó á Calmatí, Patiño que se dirigió á Atapexco, Alvarado á Huantla, y Ayala que con unos 200 hombres permanecía entre Tantian y Tantina. En Zitácuaro fueron derrotadas el 13 del mes de Marzo las guerrillas de Ugalde y Valencia por las fuerzas de los comandantes Mendez y Muñoz, haciéndoles unos 50 muertos y otros tantos prisioneros, y dando una muerte cruel al cabecilla Valencia, cuyo cadáver dejaron colgado en la plaza de Zitácuaro.

Por aquellos días, 18 de Marzo, Romero y 15 más de sus compañeros fueron pasados por las armas en la plaza de Mixcalco, y condenados á trabajos forzados todos los demás valientes mejicanos que con tanto arrojo combatieron á las órdenes del desgraciado Romero. En el mismo día fueron también fusilados en la ciudad de Puebla tres partidarios de Juárez que se pusieron al frente de un ligero motin contra las tropas del Emperador, las cuales acometieron con ira y enconada saña al corto número de amotinados que gritaban por la independencia de la patria, sin llevar, puesto que no pensaban hacer uso de ellas, armas de ninguna clase. Actos como este, que por desgracia se repetían con demasiada frecuencia en todos los puntos del Imperio, hacían odioso y repulsivo en extremo el nombre de los soldados que apoyaban el trono de Maximiliano.

En Michoacán en cambio, vengaban los soldados juaristas las anteriores derrotas, en los primeros días del mes de Abril. Los voluntarios belgas, que en su sed de venganza contra los juaristas, no se daban un momento de reposo por acosarlos y esterminarlos por completo, quisieron cerrar á las guerrillas de Juárez en Tacámbaro el camino de las tierras templadas, con el fin de que todos muriesen víctimas de aquel insano clima, sin que nadie pudiese venir en su auxilio. Cuando los belgas se preparaban con ansiedad para acometer con furia á las guerrillas y obligarlas á internarse, las fuerzas de Regulez, Arteaga y Pueblita, cayeron con ímpetu sobre los apostados, dejándoles á todos tendidos en el campo, porque ninguno de los valientes belgas quiso con vida entregarse á sus adversarios.

Este desastre indignó de tal manera al coronel francés Pothier, comandante militar de Michoacán, que sin perder momento reunió nuevas y numerosas fuerzas y se puso en persecución activa y constante de las guerrillas juaristas. Encontrados al fin los ejércitos enemigos en Huaniqueo, se trabó un tan reñido y singular combate, que por espacio de muchas horas la victoria no pudo inclinarse en favor del uno ni el otro bando. Nuevas fuerzas que en lo más grave del combate recibió el jefe francés, hicieron cobrar aliento á sus camaradas, que ya empezaban á sentirse débiles para resistir por más tiempo al enemigo, y acometiendo entonces los franco-mejicanos á los pocos, pero heroicos defensores del expresidente, les obligaron á abandonar el campo, dejándole sembrado de cadáveres del ejército invasor.

El parte, sin embargo, en que el comandante superior Pothier daba cuenta al prefecto del resultado de este encarnizado encuentro, procuraba como todos, desvirtuar el valor de los juaristas y ensalzar por el contrario la bravura de los soldados franceses.

«Tengo el honor, —decía desde Zipiajo el 23 de Abril el jefe citado,—de suplicaros pongais en conocimiento de la población, que hoy á la una de la tarde he dado alcance en Huaniqueo á las fuerzas de Regulez, compuestas de 3.500 hombres. Despues de un empeñado y riguroso combate en que la caballería francesa se ha distinguido por un arrojo extraordinario, el ejército de Regulez ha sido completamente derrotado y perseguido á balazos y cañonazos hasta las siete y media de la noche, no obstante una fuerte lluvia. Sólo la noche ha podido salvar esta fuerza de su total y completa destrucción. Las pérdidas del enemigo en esta acción, se elevan á 500 hombres entre muertos y heridos, y ha tenido además 700 dispersos de su infantería. La nuestra consiste en 15 muertos y 20 heridos.»

VII.

En Monterey y el Saltillo, el general Negrete acababa de alcanzar pocos días ántes una completa y singular victoria. Ocupados por las fuerzas imperiales el Saltillo y Mon-

terey, el general citado se propuso á todo trance apoderarse de estos dos importantísimos puntos, colocándolos al efecto sus agueridas tropas en los lugares más convenientes para preparar un pronto y seguro asalto.

Las fuerzas franco-mejicanas, que en número considerable defendían una y otra plaza, se prepararon igualmente para rechazar al audaz enemigo, que con una actitud imponente y amenazadora, se iba acercando hasta las mismas puertas de Saltillo, cuya ocupación interesaba en extremo á los soldados de Juárez. Varios disparos dirigidos con gran acierto por los sitiados y sitiadores, dieron principio á la lucha sangrienta que había de coronar de gloria al ejército juarista. Despues de un bien sostenido fuego que diezmaba á los franceses y á los mejicanos, el general Negrete creyó llegado el momento oportuno de dar la señal de asalto, y obedeciendo á su voz los defensores de la libertad y de la independencia, se arrojaron con extraordinario ímpetu sobre aquellos muros, que por todas partes vomitaban un fuego terrible; sin que por esto los mejicanos retrocediesen una sola línea, ni decayese en lo más mínimo su espíritu guerrero, por más que viesan correr á torrentes la sangre de sus hermanos. El valiente jefe que les guiaba, dando un ejemplo de valor y atrevimiento indecibles, se lanzó en medio de aquel lugar de muerte y desolación, y seguido de los pocos de sus soldados que no habían ya regado el suelo con su sangre generosa, penetró en la población é hizo huir llenos de miedo y de espanto á los franceses que la defendían.

La posesión de Saltillo tenía para los juaristas tan grande importancia, que cien veces, si necesario fuese, repetirían los actos de valor y arrojo de que acababan de dar elocuentísima prueba en este memorable y glorioso asalto. El Estado de Coahuila, del cual era capital el Saltillo, confina por el Norte con los Estados-Unidos, en cuya nación cifraban su última esperanza los defensores de la libertad de Méjico. Al apoderarse los juaristas de Saltillo, población de más de 8.000 habitantes, se hacían, en cierto modo, dueños de todo su departamento y de todo el Estado de Coahuila, que contaba con poblaciones de gran consideración, como lo

son en su mayor parte las de los departamentos de Monclova, Rio Grande y Berras, que cuentan hasta 76.000 almas. El Saltillo se encontraba además á una distancia de 226 leguas de la capital de Méjico, y no eran, por lo tanto, fáciles ni prontos los medios de comunicacion con el Gobierno de Maximiliano, de cuya circunstancia podia valerse, como se valió en efecto el ex-presidente Juarez, para dictar con calma y prevision las medidas más conducentes al glorioso fin que se proponia.

Pero no bastaba para los planes que se proponia el antiguo presidente, la posesion de una plaza como la del Saltillo en el Estado de Coahuila: era necesario ocupar otra que fuera asimismo de bastante consideracion en el Estado que por el Este confina con el anterior, para que sirviese como de vanguardia á aquella última trinchera de los mejicanos, y al efecto el impertérrito Juarez se fijó en Monterrey, una de las ciudades y cabeza de partido más ricas y populosas del Estado de Nuevo Leon, distante de la capital 251 leguas, y cuya poblacion pasaba de 14.000 almas.

La circunstancia de hallarse ocupada la parte del Sur del Estado de Nuevo Leon por multitud de elevadas montañas, como la de Picachos, la Silla, Santa Clara, la Icuana, la de Gomez y algunas otras que nacen de la Sierra-Madre, las cuales se dilatan en distintas direcciones, formando estensos valles llenos de abundantes pastos, y bosques y dilatadas cabañas como las de Cañon de Guachichil, Huajaco, Santa Rosa y varias otras, daba al Estado referido una importancia de gran consideracion para realizar los ulteriores planes á que con tanto afan se dedicaba Juarez. Así es, que con igual empeño, con el mismo arrojo con que habia sido tomado y conservado el Saltillo, el antiguo presidente dió las oportunas disposiciones para desalojar á todo trance de la ciudad de Monterrey á los soldados de Maximiliano, recomendando con toda eficacia á Negrete y á sus demás generales el cumplimiento inmediato de esta difícil mision.

Los deseos y las órdenes de Juarez fueron bien pronto cumplidos de la manera más gloriosa y satisfactoria. Animados los soldados juaristas de aquel espíritu guerrero

y entusiasta de que tantas pruebas habian dado en la toma del Saltillo, acometieron á las fuerzas encerradas en Monterrey, las cuales no pudiendo, á pesar de su crecido número, contener el ímpetu del enemigo, se alejaron de la ciudad, dejándola en poder de los valientes y bravos campeones de la libertad.

Restaba sólo, para que los héroes de la independencia de Méjico pudieran considerarse dueños absolutos é inespugnables de toda la parte más importante del Norte del vasto Imperio, apoderarse del Estado de Tamaulipas, que confina también con los Estados Unidos, y que comprende una estension de 4.219 leguas cuadradas y una poblacion de 108.600 habitantes. La posesion de este Estado, juntamente con los de Coahuila y Nuevo Leon, que ya ocupaban casi en su totalidad los partidarios de Juarez, daba á la causa de la independencia un vasto y riquísimo campo, desde el cual habia de propagarse más tarde la libertad por todo el resto de la nacion mejicana.

Ante esta idea halagüeña y seductora, los juaristas se decidieron por apoderarse de Matamoros, ciudad y puerto de los de mayor importancia del Estado de Tamaulipas, situada á la margen derecha del rio Bravo.

Poniéndose al frente de unos 6.000 hombres y 22 piezas de artillería, el general Negrete se dirigió á fines del mes de Abril desde Monterrey sobre Matamoros, en donde á la sazón se encontraba custodiando la plaza el intrépido y desgraciado general Mejía. Las intenciones de Negrete desde que se hubo apoderado del Saltillo y Monterrey, sabíase por los franco-mejicanos que no eran otras que apoderarse igualmente de Matamoros, para estender de esta manera su poder y su influencia á los tres grandes Estados que pudieran en caso de necesidad recibir recursos inmediatos de los norte-americanos, y en los que el gobierno del Emperador no ejercia, quizá por la gran distancia, otro prestigio que el que podian conquistarle las armas de sus soldados. Por esto el general Mejía, ocho dias ántes de que las fuerzas de Negrete se presentaran á la vista de Matamoros, empezó á fortificarse fuera de la plaza con una serie de reductos que se apoyaban por el Este y Oeste en las orillas del Bravo,

aprovechando al efecto la vuelta que dá este rio alrededor de la ciudad. El intermedio era recorrido por el vapor *Antonia*, armado de dos cañones, con los cuales se podia obrar de flanco sobre las columnas que intentarían asaltar los dos extremos de la fortificacion, de manera, que la toma de Matamoros parecia de todo punto imposible atendiendo á las escasas fuerzas con que contaba Negrete.

Sin embargo, el general juarista quiso intentar el ataque, y cerca ya de los muros de la plaza comenzó á establecer una fuerte batería. Apenas habia ejecutado las primeras maniobras, las piezas de los defensores colocadas extramuros de la plaza, empezaron á dirigir sobre la batería enemiga frecuentes y certeros disparos que impidieron al general Negrete terminar su casi empezada obra. Queriendo este bravo general acometer por otros puntos á la ciudad, hizo varios reconocimientos alrededor de la fuerte línea de los franco-mejicanos, sin intimidarse por el nutrido fuego que de todas partes le dirigia el enemigo. Convenciéndose Negrete de las dificultades insuperables que se oponian á sus planes, vióse obligado, bien á su pesar, á levantar el campo á las dos de la mañana del dia 2 de Mayo, y retroceder por el camino de Monterrey. Apercebidos de esta retirada los soldados de Mejía, cayeron con su veloz caballería sobre los juaristas, los cuales haciendo frente á los perseguidores y ocasionándoles pérdidas considerables, pudieron llegar á Monterrey, pesarosos en extremo del mal éxito de su arriesgada empresa.

El levantamiento de las tropas de Negrete, que se dirigió á la plaza de Matamoros, el dia 2 de Mayo, fué el primer acto de la guerra que se celebró en el Estado de Tamaulipas. La plaza de Matamoros era hasta tal punto conveniente para los juaristas, que á pesar de la anterior derrota, determinaron no cejar un solo instante hasta hacerse dueños de aquella plaza.

La ocupacion de Matamoros representaba, como hemos anteriormente indicado, la sumision casi total y completa de todo el Estado de Tamaulipas, ó lo que es lo mismo, la posesion de una comarca de 4.219 leguas cuadradas, con una poblacion de 108.514 habitantes. Uniendo á estas cifras las 7.868 leguas cuadradas que comprende el Estado

de Coahuila con sus 75.340 habitantes, y las 12.557 leguas y 144.869 habitantes del Estado de Nuevo Leon, en poder ya, lo mismo que el anterior, de las fuerzas de Juarez, podian éstas contar con una estension de 14.631 leguas cuadradas y una poblacion de 328.723 habitantes, dispuestos en su mayor parte, si no á secundar por medio de las armas, á no oponerse tampoco á la realizacion del pensamiento que de una manera tan noble y generosa venian sosteniendo los defensores de Juarez.

Mas por lo mismo que era de tanta importancia para los juaristas la posesion de Matamoros, los imperiales redoblaron sus esfuerzos por conservar á todo trance esta plaza. Además de las numerosas fuerzas con que contaba el general Mejía, el gobierno dispuso enviar á la capital de Coahuila al capitán Ney con una seccion francesa, compuesta de 500 infantes, 200 caballos y varias piezas de artillería, para auxiliar en caso necesario al general Mejía.

Al mismo tiempo, se enviaron refuerzos considerables al general Losada, con auxilio de los cuales habia obtenido brillantes triunfos sobre las tropas de Juarez que mandaban los generales Corona, Guzman, Martinez y Gutierrez. En la mañana del 27 de Mayo se presentaron éstas frente al campamento de la seccion Nuñez, trabándose á poco un reñido y sangriento combate, del cual salieron victoriosos los juaristas, y en completa dispersion las fuerzas del Rosario, incorporadas á la seccion Nuñez. Las guerrillas, envalentonadas con esta victoria, cargaron con indecible valor sobre la seccion citada, cuyas fuerzas eran desconocidas á los juaristas, volviendo á trabarse entre las unas y las otras fuerzas una lucha encarnizada y horrible. La seccion Nuñez, que habia cuidado de ocultar al enemigo la numerosa fuerza de artillería y caballería con que contaba, dejó que las guerrillas llegasen casi á confundirse con sus vanguardias; y cuando la victoria parecia haberse ya inclinado á favor de los juaristas, aparecieron de pronto numerosos escuadrones y gruesas piezas de artillería, que causaron considerables bajas á las tropas mejicanas.

Aprovechándose Nuñez de aquellos momentos de desorden y confusion en las filas

juaristas, les salió al encuentro con 1.000 infantes de Tequepespan y algunos escuadrones de caballería, entre ellos el victorioso Atonalisco, les atacó con desesperacion, se confundió entre las huestes enemigas, é introdujo en ellas mayor desórden y confusion. Crece con esto el entusiasmo de los imperiales, y cada cual, imitando el arrojo de sus jefes, hace ostentacion de su valor y denuedo; el comandante Nuñez logra arrancar de las manos las pistolas á dos oficiales juaristas, y les atraviesa luego con su espada; un jefe de las guerrillas separa de un tajo la cabeza del tronco á un capitán de los imperiales; los soldados luchan asimismo desesperadamente por una y otra parte, y el campo queda en breve convertido en un inmenso lago de sangre.

Agotadas las fuerzas juaristas, y aumentándose por el contrario las de los imperiales con los nuevos refuerzos que llegaban continuamente al lugar del combate, las guerrillas se vieron obligadas á escapar de entre las manos de sus adversarios y á huir con toda precipitacion por las inmediatas sierras para evitar un nuevo alcance de la caballería, dejando en aquella accion memorable y desastrosa hasta unos 100 muertos y doble número de heridos, con todas las demás pérdidas consiguientes á un combate tan prolongado y sangriento.

Coincidiendo con esta desgracia la noticia recibida en Monterey de que el general Negrete no había podido apoderarse de Matamoros, se abatió grandemente el espíritu entusiasta de los juaristas en la primera de estas poblaciones. La llegada del general Negrete pocos dias despues á Monterey, inquietó más y más el ánimo de aquellos habitantes, que á la vez que temian un nuevo y próximo ataque de los imperiales, lamentaban la falta de recursos en que se encontraban para atender al pago de las nuevas contribuciones que temian les impusiera Negrete para atender al sostenimiento de sus tropas, y para preparar una nueva expedicion y un nuevo ataque á la ciudad de Matamoros, si es que antes no se presentaban con iguales intenciones en Monterey las aguerridas huestes del general Mejía.

Al dia siguiente las fuerzas francesas cayeron sobre la retaguardia de los juaristas compuesta de 250 caballos del coronel Espinosa, en el rancho de Yerba-buena, á ocho leguas del Saltillo. Cargada la retaguardia por un escuadron de la contra-guerrilla, fué puesta en fuga despues de una larga y sangrienta lucha, perdiendo unos 50 hombres y dejando en poder de los franceses 50 caballos, varias armas y un pequeño convoy, según el parte del coronel jefe de Estado mayor general A. D. Osmont, fechado en Méjico el 16 de Junio.

No fueron en verdad infundados los temores de los partidarios de Juárez, respecto á los nuevos reveses que pudieran seguirse á la derrota de Negrete en Matamoros; porque cuando las tropas francesas quedaron en esta plaza libres de un nuevo é inmediato ataque del enemigo, se propusieron apoderarse de Saltillo.

Sabedor de este pensamiento el general Negrete, se dirijió á defender la amenazada plaza, concentrando al efecto en ella todas las fuerzas de que disponia. El 6 de Junio, el general juarista se encontraba atrinchado fuertemente en el desfiladero de la Angostura, en donde se preparaba á resistir el ataque de las fuerzas imperiales. El excesivo número de que éstas se componian, hizo perder al general Negrete toda esperanza de poder resistir por un solo momento el empuje de los franco-mejicanos, y vióse obligado á alejarse de aquel punto sin esperar á medir sus armas con las del enemigo, en la noche del 6 al 7 del citado mes. En la noche del 7 el coronel Jeaningros lanzó una columna ligera en persecucion de Negrete, que con la mayor parte de sus fuerzas había tomado la direccion de Monclova. A unas tres leguas del Saltillo, esta columna alcanzó á un destacamento de 30 jinetes de Sancho Aguirre y le hizo prisionero.

Al dia siguiente las fuerzas francesas cayeron sobre la retaguardia de los juaristas compuesta de 250 caballos del coronel Espinosa, en el rancho de Yerba-buena, á ocho leguas del Saltillo. Cargada la retaguardia por un escuadron de la contra-guerrilla, fué puesta en fuga despues de una larga y sangrienta lucha, perdiendo unos 50 hombres y dejando en poder de los franceses 50 caballos, varias armas y un pequeño convoy, según el parte del coronel jefe de Estado mayor general A. D. Osmont, fechado en Méjico el 16 de Junio.

Despues de esta segunda derrota del general juarista, diéronse las órdenes oportunas para que saliéran en su persecucion las fuerzas del general Brincourt, que se encontraban entre Patos y Parras, con el fin

de internar á Negrete en las desiertas regiones de Bolson de Mapimi, en donde la falta casi completa de recursos, haria dispersar en muy corto tiempo las fuerzas de Juárez. Afortunadamente pudieron estas refugiarse en Monterey, á cuya plaza no consideraron prudente acercarse los franco-mejicanos, pudiendo con esto preparar los juaristas, con mayor descanso y comodidad, nuevas expediciones contra las plazas recientemente perdidas del Saltillo y Matamoros.

Los demás generales del ex-presidente de la República, sufrían entre tanto derrotas de gran consideracion en Michoacan, Sinaloa y otros puntos del territorio mejicano. El Estado de Oajaca había quedado completamente pacificado desde los últimos encuentros que á mediados de Junio tuvieron allí las fuerzas de uno y otro partido. La numerosa partida del célebre Pueblita había sido destrozada por varias columnas francesas, quedando con esto libre, aunque momentáneamente, el Michoacan, de las valientes guerrillas de aquel caudillo. Uniéndose despues los restos de esta partida á las de Ortega y Regules, acometieron con tal ímpetu á las fuerzas imperiales que en breve tiempo les obligaron á abandonar precipitadamente los caseríos de Venapan y otros varios en donde se habían fortificado, ocasionándoles gran número de bajas y apoderándose de muchas armas y municiones. El coronel de zuavos francés Chichan y el coronel belga Van-der-Snissen fueron despues en auxilio de sus compañeros de armas, y reuniéndose las fuerzas de los unos y los otros cuerpos, acometieron á las partidas victoriosas de Ortega, Pueblita y Regules, obligándoles á desalojar las posiciones que á costa de un heroico esfuerzo habían logrado ocupar.

En el Estado de Sinaloa era al mismo tiempo batida y dispersa la partida de Pesquera. El coronel Garnier, al frente de unos 2.000 hombres y 500 caballos, salió en persecucion del astuto guerrillero, dándole alcance en las cercanías de Guayonas. A pesar de las fatigas y cansancio de las tropas de Pesquera, que con brevísimos intervalos habían librado tres serios combates contra el enemigo, los defensores de Juárez se prepararon á resistir el empuje de los valientes zuavos. Despues de un sangriento y encarnizado combate en que las unas y las otras fuerzas rivalizaron en valor y arrojo, quedó el campo por las huestes imperialistas, viéndose obligadas las tropas de Pesquera á huir precipitadamente hácia el Norte en busca de la columna del general Negrete.

Las trincheras de Palizada y Zonuta quedaron igualmente en poder de los soldados de Maximiliano, tomando parte en la refriega unos 300 mejicanos, 200 austriacos y 80 marineros del *Brandon*.

Los demas generales del ex-presidente de la República, sufrían entre tanto derrotas de gran consideracion en Michoacan, Sinaloa y otros puntos del territorio mejicano. El Estado de Oajaca había quedado completamente pacificado desde los últimos encuentros que á mediados de Junio tuvieron allí las fuerzas de uno y otro partido. La numerosa partida del célebre Pueblita había sido destrozada por varias columnas francesas, quedando con esto libre, aunque momentáneamente, el Michoacan, de las valientes guerrillas de aquel caudillo. Uniéndose despues los restos de esta partida á las de Ortega y Regules, acometieron con tal ímpetu á las fuerzas imperiales que en breve tiempo les obligaron á abandonar precipitadamente los caseríos de Venapan y otros varios en donde se habían fortificado, ocasionándoles gran número de bajas y apoderándose de muchas armas y municiones. El coronel de zuavos francés Chichan y el coronel belga Van-der-Snissen fueron despues en auxilio de sus compañeros de armas, y reuniéndose las fuerzas de los unos y los otros cuerpos, acometieron á las partidas victoriosas de Ortega, Pueblita y Regules, obligándoles á desalojar las posiciones que á costa de un heroico esfuerzo habían logrado ocupar.

GUERRA DE MÉJICO.

CAPÍTULO VI.

Lucha sangrienta entre las fuerzas del general Negrete y las del coronel Van-der-Knissen en la Loma de Tacamburo.—Victorias de los juaristas en Huejutla.—Imponente actitud de los mejicanos en el Estado de Puebla.—Dura leccion dada á los habitantes de esta comarca por el general Thun.—Victorias de los juaristas en Ystlahuaca y Zacualtipan.—Idem de los imperiales en Teran, Montemorelos y Marin.—Tentativas del gobierno de Maximiliano para conseguir de los Estados-Unidos el reconocimiento del nuevo Imperio de Méjico.—Sus resultados.

I.

Las victorias alcanzadas por los imperiales en los departamentos de Tecalitlan, Jalisco, Oajaca, Michoacan y otros varios Estados de la parte septentrional del Imperio mejicano, y sobre todo, la ocupacion de Monterey y el Saltillo por las fuerzas franco-mejicanas, hicieron angustiosa y en extremo difícil la situacion de los juaristas, y por el contrario favorecieron considerablemente la monarquía de Maximiliano. A pesar de esto, el ex-presidente Benito Juárez, firme siempre en su propósito de no abandonar nunca la santa causa de la patria y de la independencia, dió las disposiciones más oportunas para que las pocas fuerzas que aun permanecian fieles á su bandera, continuasen en su sistema de guerrillas contra los imperiales, designando al efecto algunos puntos á que unas y otras debieran dirijirse.

Obedeciendo las órdenes del ex-presidente, el general Arteaga, perseguido vivamente en la parte del Sur por el coronel Chinchón, logró aproximarse á la hacienda de